

obra ambas cosas, me daré por recompensado de mi trabajo.

EDMUNDO DE AMICIS.

*
*
*

He creído conveniente sacrificar muchas veces el brillantísimo estilo del autor, con objeto de hacer más claro é inteligible para toda clase de lectores el asunto de los diversos capítulos de la presente obra.

Al traducir, he procurado, sin embargo, no desvirtuar en lo más mínimo el pensamiento de Amicis.

En ocasiones he cambiado denominaciones, cosas, personas y lugares, con el fin antedicho.

Si mi traducción despierta en los lectores los sentimientos de que el autor habla en la advertencia precedente, me consideraré también hartamente compensado de mi trabajo.

HERMENEGILDO GINER.



EL CENTINELA.



ERA una de las últimas noches de Enero: nevaba. Las calles de la ciudad, las plazas, las ventanas, puertas y balcones, los árboles de los jardines, todo estaba blanco, envuelto, sobrecargado de nieve. Los copos caían lentos, pesados sobre el nevado suelo, y no bien se imprimía una huella, cuando desaparecía todo rastro. Los reverberos, en las esquinas de las calles, mandaban alrededor una luz velada y triste: en las encrucijadas, en todo lo que la vista abarcaba delante ó atrás, á derecha ó izquierda, no se veía á nadie. Por todas partes silencio profundo: parecía que se sentía por decirlo así, caer la nieve.

Era una de esas noches, en las que, quien se encuentra fuera de casa, apresúrase á volver;

rozando las paredes va con paso rápido, mudo como fantasma furtivo; los ojos en tierra para saltar los baches, el sombrero encasquetado hasta las orejas y sobre la nariz, el cuello hundido en la espalda, el del gaban levantado sobre la nuca, una mano metida en la manga de la otra, todo encorvado, todo achicado; penetra con la cabeza baja por el porton de la casa, sube la escalera pisando fuerte y soltando de sus piés el barro nevado, introduce con furia la llave en la cerradura, entra, se desabrocha el gaban, arroja el sombrero— ¡y en qué estado!— coloca la primer silla que encuentra delante de la chimenea y se deja caer, cae sobre ella, un pié aquí y otro allá, inclina la cara sobre el fuego y allí está enamorándolo, chupando lentamente un cigarro, y geroglificando la ceniza con las tenazas mientras murmura de vez en cuando:— ¡Qué tiempo!

Una de esas noches en que, hasta el marido atacado del desvío y del tedio, acerca un poco más de lo habitual su silla á la de su mujer; y el célibe imagina los goces íntimos y tranquilos de la familia; y renunciando á la barahunda de las habituales costumbres, se mete entre sábanas, se vuelve y revuelve para fabricarse un hoyo caliente, saca la mano, tanto cuanto es necesario para sostener la novela y leídas dos ó tres páginas se duerme tranquilamente, aguzando el placer del

calor y del reposo la imágen de los pobres helados de frio, sin lecho ni casa.

Una de esas noches en que la vida de una ciudad se reconcentra toda alrededor de los hogares domésticos, donde el habitual coloquio entre la familia y los amigos íntimos, se prolonga más del tiempo ordinario, hasta que los muchachos, muertos de sueño, tiran, con disimulo del jubon de su madre, para recordarles la camita que espera, y se marchan á dormir, prediciendo en el pensamiento la gran batalla con balas de nieve que librarán al siguiente día.

Una de esas noches en que los deseos más vivos, son tres, como vulgarmente se dice: un rostro amado, un libro ameno y un buen vaso de vino.

Todos, hasta los más pobres, encuentran en tales noches, la caridad de un techo, un poco de lumbre y un haz de paja; todos hallan defensa contra la nieve, al ménos, hasta los primeros albores del día, siquiera por las horas en que caen los copos tan compactos que parece pretende enterrar la casa; todos reposan, todos duermen, todos—excepto el centinela—para el cual no hay techo, ni fuego, ni reposo, sino únicamente una solitaria garita de madera, un pesado capote de burdo paño y la consigna del cabo.

Mirad allá abajo, en el fondo de aquella plaza enteramente blanca por la nieve y dividida de parte

á parte por cuatro largas hileras de faroles: allá abajo, junto á la gran puerta de aquel palacio de príncipes, alto, oscuro, de forma colosal y antigua, con las rasgadas ventanas iluminadas por completo. Mirad aquí, en esta garita, un hombre oculto, rígido, inmóvil como estatua de mármol: miradlo. Hace una hora que está ahí, sin movimiento, sin palabra, con la diestra aterida sobre el frío cañon del fusil y los piés en la nieve, con los ojos abiertos y fijos, como si contase los gruesos copos que descienden y tapizan todo. De vez en cuando sus ojos se entornan, su cabeza se inclina insensiblemente sobre el pecho; pero de pronto una voz interior le avisa, y hiergue vigorosamente la cerviz y abre y dilata los ojos y los revuelve alrededor más rápidos y vigilantes, como para compensar á su conciencia de aquel instante de inercia y de languidez. Miradlo: todos, áun los más pobrecillos, tienen un poco de casa, un poco de fuego, un poco de lecho, todos: él no.

Tales pensamientos daban vueltas en mi cabeza, una noche, á fines de Enero, estando de guardia con una veintena de soldados, destacados en aquella plaza y en aquel palacio. Y al tiempo que pensaba junto á la puerta, medía á pasos lentos el breve trecho de plaza, libre de nieve, volviendo de vez en cuando los ojos hácia arriba, á las ventanas iluminadas por las cuales llegaba hasta mi oído confusa armonía de flautas y vio-

lines y sordo y pesado rumor de pasos movidos con cadencia sobre vasto pavés. Despues miraba en el amplio vestíbulo los brillantes candelabros de cristal, las alfombras y los jarrones de flores, esparcidos sobre el marmóreo pavimento, y las paredes cubiertas de tapices y guirnaldas; y por delante, entre la puerta y yo, contemplaba un vaiven de carrozas de gala, un vocear de cocheros y un subir y bajar continuo de hombres y de señoras y un correr con presteza á las portezuelas y un abrir reverente y un alargar respetuoso de manos y un arrastrar de colas de vestido, y un descubrirse de cabezas perfumadas, y una de inflexiones de espinazos, y un juntarse, separarse y cruzarse de servidores con libreas pomposas y originales, que causaba maravilla.

Ahora avanza una carroza blasonada; se detiene; el lacayo se precipita á tierra; todos la cercan; diez manos se precipitan en concurrencia sobre la manecilla de la portezuela; una más afortunada la coge; la portezuela se abre; la muchedumbre se separa en dos alas á derecha é izquierda; los cuellos se alargan, las miradas se tienden; asoma una cabeza, un piececillo, una manita cubierta con guante blanco; otra mano aparece en medio de la multitud y oprime tímidamente la punta de aquellos dedos;— ¡abajo el piececillo!— ¡poco á poco!— ¡con tiento!— ¡todavía un poco!— ¡un poco todavía y el pié está

en tierra!— ¡Oh, bellissimo!— ¡Ay si tocara un copo de nieve!— Pero ha quedado dentro la cola del vestido. ¡Oh desventura! ¿Si se habrá enganchado en algun clavo? ¡Quién sabe!— Pronto, corred, entre dos, entre tres, entre cuatro:— ¿Dónde se ha enganchado?— Aquí,— no,— allá.— ¡Espacio!— ¡Con cuidado!— ¡Delicadamente!— Busca, busca.— ¡Ah, esto es!— La cola está libre, arrastra por el suelo y la dama de pié. ¡Portentosa figura! Apartaos, atrás, ¡contempladla! Un indiscreto capuchon no permite ver más que algunos rasgos de aquel rostro encantador. ¡Es una cara de ángel! Una celosa túmica, oculta á las ávidas miradas, el esbelto talle y la blanca espalda; mas deja adivinar bajo sus pliegues las formas: son divinas! La bella figura camina blandamente— se vuelve— posa el pié sobre la escalera— todavía se ve el borde del vestido.— Ya desapareció. ¡Qué lástima! Pero los ojos de la imaginacion la siguen en medio de la muchedumbre embriagada de aquella sala rumorosa; entre las demás hermosas cabezas ornadas de pedrería y de camelias, los ojos del alma distinguen sus trenzas y sus flores y la persiguen en el rápido torbellino de la danza y en medio de aquella batalla de miradas ardientes que se provocan, se buscan y se huyen, amablemente astutas ó se encuentran, amablemente audaces, y entre el encanto del mutuo abandono y la volup-

tuosidad de la estancia secreta, ora languidecen, brillan, ruegan, rehusan, prometen, castigan, conceden ó arrebatan y trasportan al cielo.

— ¡Y él está allá!— pensaba yo.— ¡Pobre soldado! Él está allí expuesto al frio, á la nieve, solo, mudo, abandonado, sin animacion, sin esperanza. Allá arriba se canta, se baila, se rie, se loquea, se goza la vida en su frenesí más ardiente y máspreciado, y él en esta soledad, en esta oscuridad, en este silencio, se ve obligado á sufrir ese movimiento que hierva sobre su cabeza, y á compararlo con su triste abandono y con la profunda melancolía de su pobre corazon. Es preciso que sufra la imágen de aquella danza, de aquellos hermosos rostros, de aquellas bellas mujeres, de aquellas miradas, de aquellas sonrisas, él que está solo, léjos de los suyos, que no tiene un rostro de mujer que le sonría, ni una mano amiga que estrechar. Pero por fuerza— para mayor dolor— tendrá siempre fijas en la memoria, unas trenzas negras y dos ojos modestos, que en otro tiempo hacían estremecer su alma de dulzura! ¡Ah! ¡En medio de estas cabezas engalanadas y cubiertas de flores, él sueña, él ve aquellas trenzas queridas sin joyas y sin camelias!

— Cabo de guardia.

— ¡Presente!

— ¿Quién es el soldado que está de centinela?

— Fulano de Tal.

—Retírese.—El corazón me lo decía: es un recluta. ¡Pobre recluta! Pocos días hace que está en el regimiento y todavía le aturde esta nueva existencia. Su cabeza y su corazón continúan viviendo en su casa, con la madre, y en medio de las costumbres tranquilas de la vida de aldea. El pensamiento del regreso no ha pasado aún por su cabeza, ó si pasa ¡es el pensamiento de una felicidad tan lejana!...

En el regimiento carece todavía de amigos, no ha hallado quien lo anime; sufre aún los apodosos con que le motejan los soldados viejos, y los primeros rigores, que son los más dolorosos, de la severa ordenanza. Ni una voz amiga, ni una palabra cariñosa, ni una sonrisa, nada: siempre vozarrones ásperos, amenazas, caras foscas. Después que consume ahí otra hora, vendrá aquí entumecido, lleno de frío, cayéndose de sueño, y encontrará solo un duro entarimado en que reposar; dormirá un sueño interrumpido y penoso, y será despertado por una brusca sacudida de piernas ó por un puñado de nieve arrojado al rostro. Ni un poco de descanso, ni un poco de fuego para secarse el barro, ni una gota de vino; siquiera un poco de tabaco... tal vez... Nada, nada. Sufre en este momento, lo juraría. Esta música y esta fiesta le hacen daño. Quiero cerciorarme. Quiero ir á verlo...—Pero no.—¿Por qué no?—Sí, sí, quiero ir á verlo; y voy, seguro que voy...

¿Por qué no debo ir? ¡Oh, voy á ver! ¡Quiero ir!

Y me moví. Pasé por delante de la garita; miré al fondo: estaba oscuro; no podía verle la cara. Volví atrás, me detuve un momento y pensé:

—Cuando un afecto vivísimo nos agita, sea alegría, sea dolor, el timbre de la primera palabra que se pronuncia tras largo silencio y de improviso, es imposible que no se resienta de aquel afecto y lo revele. Probemos.—Me acerqué á la garita y me detuve ante ella. El centinela advirtió mi presencia, terció el arma y avanzó hasta la puerta. Yo no le veía la cara, ni él veía la mía. Le pregunté con acento afectadamente distraído:

—¿Hace frío?

Dudó un momento y contestó:—¡No señor!

Era bastante. En aquella voz, había yo advertido, un levísimo temblor; en aquella voz había un timbre de llanto. No cabía duda: yo no había pensado mal. Había adivinado su corazón.

—¿No hace frío, ni siquiera un poco?

—¡Eh! No,—sí,—no mucho,—pero...—como...

¡Pobrecillo! ¡Y helaba! ¡Temía cometer un acto de indisciplina aquel buen muchacho, diciéndome que helaba! ¡Como si la nieve la hubiese hecho caer él, ó la hubiese hecho bajar yo

hasta sus mismos piés, que los debía tener, sabe Dios cómo! ¡Cuánto me gustó aquella respuesta del pobre chico! Y no se me venga á hablar de la separacion entre oficiales y soldados en aquel momento: el corazon no gasta galones como el ros: ¡bueno fuera! ¿Cómo resistirse? ¿Cómo estar duro... á ménos de ser de piedra? Pero no queriendo revelar mi intencion de haber ido á hacer de piadoso consolador, y ménos aún dejarlo ántes de haber rehecho un poco su ánimo con cuatro palabras amistosas, volví de pronto y le dije:

—¿Cuánto tiempo te toca aún permanecer aquí?

—No lo sé siquiera, señor teniente... El reloj vecino no se oye... á causa de la música.

—¡Ya!—Estoy seguro... estar aquí... de pié... á estas horas, con este tiempo, no tiene nada de placentero; lo sé. Pero, Dios es bueno, y nuestro oficio, tiene de todo: es preciso tomarlo como es. ¡Oh, amigo mio! esto no es nada. Si hubiera guerra, entónces si que verías cosas malas. Esa es harina de otro costal: te convenceré con pruebas. Cuando se está en la avanzada, por ejemplo, en un bosque oscuro, soportando una de aquellas lloviznas finas, finas, que calan la ropa y la piel y nos traen el humor negro, y se está solo, aislado y no se ve un palmo más allá de las narices, y no obstante, es preciso estar allí, firme,

derecho como un huso, con el ojo vigilante, con el oído alerta, porque se tiene el enemigo enfrente y de un momento á otro puede echarse encima; y tras de toda una noche que se está así, se vuelve al campamento y no se encuentra con que matar el hambre, y no hay sitio para dormir, ó es preciso acostarse en el barro, ó sobre las duras piedras, ó sobre la mojada hierba... ¡Oh, entonces si que es dura la vida! ¡Ahora no es nada!.. Y no obstante de ser esta vida todo fatigas, todo peligros, el soldado valiente la hace de buena gana y no se lamenta nunca; cuando puede dormir, bien; cuando no puede, paciencia; cuando tiene pan, ¡viva el pan!; cuando no le hay, se ayuna y sea en buen hora, y no se cría por esto mala sangre.

—¿Y sabes por qué? Porque se vive entre amigos, entre bravos camaradas que saben cumplir el propio deber; porque el soldado tiene por deber la defensa del país donde ha nacido y donde ha crecido, donde reside la familia, la casa, los amigos y... la novia: todo lo que tenemos de más querido y de más sagrado en este mundo. ¿Comprendes? Y la conciencia de cumplir el propio deber, basta al bravo militar. ¡Oh, sí, basta! Mira si no á esos soldados que han sacado fuera del río—allá abajo, en la parte donde están los baños de verano—á los pobres desgraciados que iban á ahogarse. Y bien; esos soldados que se han expuesto al riesgo de morir

para salvar la vida de gentes que ni siquiera conocían ¿qué han obtenido por premio? Nada; y sin embargo, mucho; la gratitud de los salvados y la conciencia de su bella accion y esto es suficiente para un hombre de bien. ¿Y los soldados que persiguen á los ladrones? Cada día muere uno. ¿Quién sabe que ha muerto? ¿Quién recuerda su nombre, fuera de las gentes de su casa? Sin embargo, el soldado está de buena gana en aquella montaña, en aquel bosque, en aquella cima llevando la maldita vida que lleva. ¿Y por qué? Por que saben cumplir su obligacion. ¿Y los guardias civiles, pobres soldados tambien, que recorren por parejas el campo, de noche, en medio de los malhechores apostados en sus madrigueras que disparan las escopetas á traicion? ¿No hacen tambien una vida dura los guardias civiles? ¡Sin embargo, mira cómo cumplen de todo corazon su deber, como el centinela: lo mismo! De noche, en esta noche misma ¿quién ve al centinela arrebujado en su capote, hundido en el fondo de su garita, inmóvil, silencioso? ¿Quién lo ve? ¿Quién le oye? ¿Quién piensa en él? ¿Quién se cuida de esto? Y sin embargo, el centinela debe estar firme en su puesto, de buena gana, sin melancolía, sin que revoloteen caprichos por su cabeza, y pensando:—Todos duermen, yo solo velo; pero velo por el sueño de todos. Si no hubiese centinelas, nadie dormiría de miedo. Mi pequeña garita, defiende

los más soberbios palacios. Por todas partes se canta y se baila y se arma grande estrépito; y se hace sin recelos y sin sospechas porque yo callo y vigilo y tiendo mi vista por todos; mi burdo capote, protege los vestidos de seda y de terciopelo de las señoras que van al baile; esta sombra, protege aquella luz, mi silencio, aquel ruido. El sentimiento de esta gran verdad en que no suele pensarse, en que muchos no han pensado jamás, pero que se debía tener siempre viva en la cabeza y en el corazon, el sentimiento de esta verdad, debe confortar al soldado y hacerle comprender que en este sentimiento reside el mejor premio á sus sacrificiós y á su virtud. ¿Estás convencido de ello?

—¡Oh, sí, mi teniente!

Su voz era trémula; venía del corazon y había encontrado un obstáculo en su garganta. Me acerqué y proseguí:

—Y despues de que por espacio de cinco años, durante cinco largos años se ha hecho todos los dias, todas las horas, todos los minutos, el sacrificio de la propia voluntad, de los propios deseos, de los afectos, de las costumbres, de los pensamientos, de todo en suma; el sacrificio de todo en aras de la propia obligacion, de la propia bandera, de esos bellos colores que nosotros debemos querer más que á nosotros mismos, más que á nuestra vida, más que á todas las cosas del mundo;

cuando despues de cinco años pasados así, el país te dice: ahora basta, has cumplido tu deber, restitúyeme ese fusil con que me has defendido el honor y la vida y marcha á tu casa, que tu madre te espera y tu hermana te reclama, y hay otra mujer que, en las tardes, asomada á la ventana, mira tristemente el extremo lejano de la calle por donde debes volver. ¡Oh, entónces!—créelo buen muchacho—el poder tornar á los brazos de la anciana madre, con la conciencia de haber sido valiente soldado, el poder volver, allá, bajo aquel pobre techo, con la frente alta y el callo del fusil en la mano, créelo, es una felicidad que no tiene igual sobre la tierra!.. ¿Lo crees?

—... ¡Señor teniente!...

—Y ya de regreso en casa, por la noche, cuando brilla espléndida la luna, se vuelve á bailar en la era, como antes, y estos son los bailes que más nos gustan. ¿No es verdad?

No respondía.

—Digo bien, ¿sí ó nó?

—¡Oh! ¡Sí, sí!—prorumpió aquel pobre soldado, con una voz, de la que me sería imposible pintar el acento, pero que resuena todavía en el alma como si la estuviera oyendo ahora:—¡Oh! ¡sí que dice bien, bien, señor teniente! Seguro... segur...

¿Sabeis por qué se interrumpió? Porque enternecido, agitado como estaba, movido única-

mente del afecto ¿qué sé yo? de la gratitud, por mis fraternales palabras, el buen muchacho, olvidó por un instante que yo era oficial, que él era pobre recluta y había extendido un brazo ante mí; pero repuesto, lo había retirado súbitamente, no tan á tiempo, que con lá mano extendida no me rozara ligeramente la manga del capoton.

—¡Qué!—murmuré yo.

Avergonzado, confuso y balbuceando tímidamente no sé qué palabras de excusa, se retiró al fondo de la garita. Me pareció notar que respiraba afanoso. Por fuerza sollozaba.

Me alejé de allí con el corazón estremecido de ternura. ¡Me sentía tan satisfecho de mí mismo! Miré las ventanas iluminadas; volví á oír la música en la que hacía rato no había fijado la atención y me interné con la mente en aquel salon... ¡Oh, era todo imágenes pálidas y mortecinas!

¡Pobre alegría ésta—pensé—comparada con la mía!

